

MADRES DE ROJO Y NEGRO Cambios en las representaciones acerca de la maternidad en el discurso anarquista argentino

Eleonora Ardanaz*

U.N.S.

I-A manera de introducción

El anarquismo llegó a nuestro país de la mano de los inmigrantes europeos, y se afianzó durante el último tercio del siglo XIX y principios del siglo XX, como la fuerza de mayor influencia dentro del movimiento obrero.¹ Aquí encontró terreno fértil para propagar su ideario en la incipiente clase obrera, subsumida en pésimas condiciones de vida y de trabajo. Esto incluía a las mujeres, que se iban incorporando lentamente al mercado laboral² pero que permanecían relegadas a sus roles sociales y económicos tradicionales. Eran obligadas a trabajar bajo estructuras discriminatorias, que determinaban una retribución inferior con relación a sus pares masculinos, situación que era reforzada por todo un bagaje ideológico que daba forma a una serie de representaciones sobre el rol de la mujer en la sociedad. En palabras de Chartier:

“Definir la sumisión impuesta a las mujeres como una violencia simbólica ayuda a entender cómo la relación dominación, que es una relación histórica y culturalmente construida, es siempre afirmada como una diferencia de naturaleza, irreductible, universal. [...] Se debe] identificar para cada configuración histórica, los mecanismos que enuncian y representan como ‘natural’ (y por lo tanto biológico) la división social (y por lo tanto histórica) de los papeles y de las funciones” (Chartier, 1993:103)

* eleonoraardanz@hotmail.com

¹Se puede hacer la distinción entre el anarquismo individualista, que rechazaba la solución grupal, y el organizacionista que la propiciaba. De esta segunda tendencia resultó la F.O.R.A, que fue la federación obrera más poderosa a comienzos del siglo XX en nuestro país. Fue reforzado el movimiento ácrata local con el aporte de algunos teóricos europeos muy importantes – como Enrico Malatesta, Pietro Gori y José Prat – que recalaron en estas tierras.

² En Buenos Aires las mujeres llegaron a ser en 1909 el 28,19% de la mano de obra total, empleadas sobre todo en la industria textil y en los comercios, porcentaje que aumentaría si se tuviera en cuenta el trabajo domiciliario. (Feijó, 1990)

Debido a esta situación de sobreexplotación que las hacía vulnerables y suponía una competencia desleal para los hombres, muchos grupos de filiación obrera intentaron atraerlas, concientizándolas sobre la necesidad de asociarse para el bien común. Así, algunas mujeres abrazaron la causa de la anarquía, que les prometía una doble liberación: del yugo laboral y del familiar, el uno encarnado en una clase social – la burguesía – y el otro representado por un género – el masculino.

La “cuestión femenina” comenzó a ser parte del cuerpo doctrinario ácrata argentino y, por lo tanto, de su discurso,³ tomando forma en diversas representaciones acerca de lo que significaba ser una mujer anarquista. Si tomamos la referencia de Chartier sobre la representación como “...el instrumento de un conocimiento mediato que hace ver un objeto ausente al sustituirlo por una ‘imagen’ capaz de volverlo a la memoria...” (Chartier, 1995:57) podemos entender cómo dichas representaciones se iban “naturalizando”.

En la tensión permanente por la apropiación del campo simbólico,⁴ el anarquismo supo trocar varias de las imágenes asociadas a lo femenino del discurso hegemónico. En palabras de Suriano, “surge la necesidad y la urgencia [en estos movimientos radicales] por construir y difundir un aparato simbólico identificador propio, en oposición a los aparatos simbólicos dominantes” (2001:299). Así, presentaron una noción de mujer asociada con atributos tales como la militancia política, el compromiso, las capacidades intelectuales, en claro desafío al discurso patriarcal imperante, que legitimaba las desigualdades intergeneracionales a través de representaciones, valores y normas que generaban estereotipos perdurables e impregnaban todos los ámbitos de la sociedad, determinando las funciones que cada uno de los sexos tenían asignadas

³La ideología – definida como las “...representaciones mentales que forman la base de la cognición social...”(van Dijk, 2000:56) – se materializa en el discurso, por lo tanto, el lenguaje se constituye en un factor de poder a través del cual se puede ejercer influencia sobre el pensamiento de los receptores y, en consecuencia, sobre sus acciones. Es por eso que dentro de la sociedad se presentan tensiones entre fuerzas en pugna por acceder a este recurso simbólico, en general en manos de la élite.

⁴Suriano considera que este campo permitía a estas fuerzas políticas marginales elaborar y cohesionar “la representación del colectivo trabajadores, de darle una identidad y de contribuir a la constitución del imaginario social obrero”.(2001:300)

históricamente y estableciendo, en consecuencia, profundas diferencias económicas, sociales, culturales y políticas.

La propaganda ideológica era vital para la difusión del ideario,⁵ siendo utilizada en forma intensa. Las representaciones anarquistas cobraron materialidad a través de distintos soportes, como los panfletos, los periódicos, las revistas y los folletos, de distintos alcances, que circulaban con mucha dificultad debido a la fuerte censura ejercida por el Estado sobre este tipo de prensa obrera. Dentro de esta profusa propaganda debemos contar los mítines, fueran estos puramente políticos o recreativos – recordemos que las fiestas anarquistas tenían un alto valor discursivo, encarnado sobre todo en las conferencias y en las obras de teatro populares.⁶ Sabiendo que el medio de transmisión no era un objeto neutro,⁷ y teniendo en cuenta las características del público al que se deseaba interpelar – en su mayor parte analfabetos o semianalfabetos – se puede comprender cabalmente la importancia atribuida a los recursos visuales, especialmente los carteles, iconografías que apuntaban a cambiar o reforzar ciertos aspectos del imaginario colectivo, dotadas de gran fuerza dramática que solía conjugarse y realizarse con los textos que la acompañaban. Estas representaciones tienen gran incidencia en cuanto a la delimitación de los roles femeninos, por cuanto “Las identidades de género se consolidan y se propagan en gran medida a través de las imágenes de las mujeres transmitidas por la sociedad.” (Nash, 1999:90) Si bien la mayor parte del andamiaje teórico del movimiento ácrata lo delinearon los hombres, no deja de ser notorio el aporte femenino⁸ para la producción y reproducción de imaginarios y también de prácticas que les dieron un sentido de pertenencia, una identidad particular: la de mujeres anarquistas.

⁵ “El impacto de los imaginarios sociales sobre las mentalidades depende ampliamente de su difusión, de los circuitos y de los medios de que dispone”(Baczko, 1991:31)

⁶La idea es ocupar el tiempo libre de los trabajadores con una oferta cultural que, además de divertir, eduque y propagandice el ideal libertario. El teatro es el núcleo central de la velada, ya que, además de entretener divulga las ideas a través de las representaciones escénicas, cuyo carácter ficcional multiplica el sentido didáctico del mensaje. (Suriano, 2001:161-173)

⁷ Para Chartier la organización de los textos intenta manipular y dirigir su lectura e interpretación, aunque no siempre lo logra (1995)

⁸ Esta participación en el terreno doctrinario no estuvo exenta de conflictos y tensiones con sus compañeros de causa, la mayor parte suscitados por la denuncia del doble discurso masculino, que sostenía una cosa en la teoría y otra en la práctica.

El presente trabajo, entonces, analiza el cambio sufrido por una de las representaciones más características de las mujeres en el discurso anarquista: la de madre. Sostenemos que el motivo de ese viraje responde a un suceso político particular – la Guerra Civil Española – que determinó que esa imagen fuera cambiada por otra más funcional a la urgencia del momento.

II-La representación de la madre en el anarquismo

A pesar de la radicalidad de su discurso – que definía la igualdad como fundamental en la relación entre los sexos – los ácratas reconocieron diferencias de comportamiento biológico, que debían armonizarse entre sí en el acto de la procreación. Haciéndose eco de las imágenes más tradicionales de la mujer, sostenían que su participación y responsabilidad en la creación y formación de un nuevo ser eran más serias que las del hombre.⁹ Esta persistencia del modelo patriarcal demostraba que ciertas representaciones recorrían a la sociedad por entero, sin distingo de clase ni ideología política, sirviendo a la elaboración de “*modelos formadores*” (Baczko, 1991:8) que reforzaban y legitimaban¹⁰ el poder masculino.

Ser anarquista para una mujer, entonces, era también estar asociada a su papel como reproductora de la especie. Así se la interpelaba en los distintos medios de difusión que se empleaban, llamándola a la lucha contra la desigualdad no sólo por ellas mismas sino por lo que representaban: eran las más importantes socializadoras de sus hijos, por lo tanto, era vital incorporarlas para asegurar su emancipación y el adoctrinamiento de futuros libertarios.

¿Qué características tenía esta madre ácrata? Aquí es donde se despegaron del imaginario tradicional, al concebirla como una persona capaz de detentar el dominio pleno de su cuerpo, que podía decidir libremente cuántos hijos deseaba traer al mundo mediante los dispositivos que se conocían para el control de la natalidad.¹¹ También debía ser una mujer activa en la esfera

⁹ Guzzo (2003:27) sostiene que el anarco-feminismo que existía en nuestro país es del tipo “latino”, ya que en él se considera incuestionable el valor de la maternidad.

¹⁰ Argumenta Baczko que “...todo poder se rodea de representaciones, símbolos, emblemas, etc., que lo legitiman, lo engrandecen y que necesita para asegurar su protección” (1991:8)

¹¹ Si bien a principios del siglo XX eran pocas las referencias al tema, éstas fueron en aumento a partir de la década del `20. La manera en que se pretendía llevar a cabo el

pública, luchadora y comprometida. Sobre todo, tenía que asegurar la educación de sus hijos de modo que los alejara de la Iglesia y del Estado.¹² Ellas transmitirían a las jóvenes generaciones el ideario anarquista. Así lo hacía saber un diario libertario bahiense que se publicaba en la década del '20:

“Enseña a tu hijito a ser bueno, a ser libre, a que no respete el privilegio de los que todo te robaron y te roban para humillarte a ti, y humillarlo a él; para que no sirva de pasto a los hombres fieras, que desde lo más remoto de la historia vienen labrando las mayores desgracias”. (Brazo y Cerebro, 1 de mayo de 1929:4)

La imagen más importante, a los fines de nuestro trabajo, era la que asociaba a las madres anarquistas con el pacifismo, el antimilitarismo.¹³ Ellas se destacaban en las campañas antibélicas, intentando concientizar a las mujeres sobre los peligros de la guerra:

“Un problema hondo y sentimental debe ser éste en las madres: vosotras que habéis dado la vida, no llevéis a vuestros hijos a la muerte. Nunca les hagáis una incitación de cumplimiento militarista.” (Badaraco, 1928:13)

Enemigas del Estado por su misma ideología, veían en los choques armados una forma más de explotación del pueblo, que debía entregar a sus hijos a una muerte segura en nombre del sistema imperante y del capital. Su deber era “... inculcar a sus hijos ideas de paz y de humana solidaridad.” (Agrupación Femenina Antiguerrera, 1936:4)

Como dijimos anteriormente, el discurso anarquista se materializaba en soportes que lejos de ser neutrales, lo reforzaban, poniendo especial acento en

control de la natalidad no era a través de la abstinencia sexual, sino por medio de la educación y difusión de los métodos anticonceptivos.

¹² Suriano (2001:151) explica que una perfecta anarquista debe criar bien a sus hijos y educarlos en la comprensión de los males de la religión, la patria y el Estado. Si bien los fines son diferentes a los tradicionales, no deja de ser una concepción que antepone el rol reproductor de la madre en el seno del hogar.

¹³ Los ácratas sostenían en general esta postura porque la guerra atentaba contra algunos factores fundamentales dentro del cuerpo doctrinario: la postura antiestatal sostenida desde el comienzo y mantenida a través del tiempo, que significa una negación total a participar de cualquier política proveniente de las esferas gubernamentales. Es sabido que el anarquismo quería cambiar de raíz el orden imperante y cualquier colaboración con el mismo era impensable. A esto se sumaba el internacionalismo que pregonaban, que impedía cualquier acción bélica en nombre de “la patria”, concepto que rechazaban de plano al considerarlo una representación que sólo afianza la desunión de los pueblos en aras de intereses mezquinos

la forma de escribir¹⁴ y en las iconografías que podían acompañar a los textos. Un artículo publicado en una revista que apareció a fines de la década de 1920, es un claro ejemplo. Allí, sobre un título en letras grandes y negras, remarcado con signos de admiración y que expresaba “*Madres: ¡Negad la guerra!*”, aparecía un pequeño recuadro con cuatro figuras dentro. Una es una mujer-madre, rodeada de luz, que ponía el cuerpo en actitud de protección hacia sus dos pequeños hijos, que estaban tras ella. A quien enfrentaba era a un esqueleto con capa negra y casco militar que señala a los niños. Evidentemente, su función era darle un mayor dramatismo al texto, apoyando las ideas ahí vertidas. Esta representación intentaba penetrar intensamente en el público receptor, que asociaba inmediatamente a la madre con la defensa de la vida, mientras podía leer:

“No preparéis hijos para las futuras contiendas. Preparadlos para que vivan un porvenir mejor. En vuestros vientres, madres, se gestó la materia prima del futuro. Sois obreras de la libertad. ¡Sois la madres nuevas! Cread con esa leve arcilla del alma infantil, la progenie libre de un mundo mejor. ¡Qué cada niño sea una escultura viviente, modelándose a sí mismo! [...] Proteged vuestros hijos del espectro. Los niños tiemblan, previendo el peligro. No sois acaso madres conscientes? Desafiad al monstruo: negad la guerra, por el alma buena de vuestros hijos.”(*Humanidad*, 1928:18)

Evidentemente, esta simbología se contraponía al bagaje ideológico dominante, construido junto con el Estado-Nación hacia fines del siglo XIX, que circulaba a través de distintos medios, pero que se hacía fuerte en la institución transmisora de discursos (y representaciones) por antonomasia, la escuela pública: “El espectro de la guerra comienza en las aulas de las escuelas actuales”. (*Humanidad*, 1928:18) En ellas se tomaba contacto con un acervo cultural que incluía a todo un panteón de próceres, casi todos ellos militares¹⁵ – a los que además se veía en las imágenes con uniformes o en actitud de combate – héroes que llenaban hojas y hojas de textos y láminas.

¹⁴ Cuando no se acompañaban de imágenes la fuerza de los textos residía en la manera en que eran escritos, impregnados de un profundo dramatismo, muy de uso literario, e incluso de poesías. Parecieran corresponder al interrogante que cita Chartier: “Cómo hacer con palabras una imagen o, también, (...) cómo dar a una imagen construida en y por las palabras, la potencia propia de éstas...”. (1996:93)

¹⁵ Además de la práctica, marcada por la incorporación al servicio militar obligatorio, a partir de 1901, de todo joven que cumpliera los 18 años.

Así en esta especie de contienda simbólica, que significaba oponer dos visiones, o mejor, dos representaciones diferentes, el anarquismo supo definir uno de los ejes de su identidad: el antimilitarismo.

III-Sucesos políticos y cambios en las representaciones maternas

Esta actitud pacifista cambia a partir de mediados de 1936. ¿Por qué este giro tan importante? La respuesta estaba en los sucesos que se vivían en la Península Ibérica, donde la Guerra Civil Española había conmocionado profundamente al mundo entero. Nuestro país no escapaba a este estado de cosas, sensibilizado por diversos sectores políticos y sociales, entre otros, los anarquistas. El entusiasmo que éstos experimentaron estaba justificado por el gran ascendiente que tenía ese movimiento en España, con formaciones sindicales históricas muy poderosas y con una comunidad, como la catalana, que mayoritariamente los apoyaba. Al comienzo, cuando Francisco Franco se sublevó contra el gobierno legítimamente elegido, el pueblo leal se alzó en armas para defenderlo, y los ácratas creyeron que la hora de la revolución había llegado. Con el correr del tiempo – y los enfrentamientos con los otros actores del sector llamado republicano – fueron perdiendo esta ilusión. Pero, en julio de 1936, el clima era de expectativa y de euforia, sabían que no podían estar ajenos a lo que sucedía y, por lo tanto, emprendieron diversas acciones.¹⁶

Lo primero que debían actualizar era su postura contra la guerra, acto que quedaba – según su entender – ampliamente justificado ante la inminencia de la revolución social. El fin apuntaba a cambiar las prácticas hacia actitudes más involucradas con la lucha bélica. Esto no significaba caer en el determinismo fácil de creer que las ideas modelaban las acciones, sino que se reconocía en este giro doctrinario una observación de la realidad coyuntural, que mostraba cada vez más anarquistas en los frentes de combate. Como consecuencia, lo

¹⁶ La Guerra Civil Española es considerada por muchos autores como un escenario de enfrentamientos ideológicos, en primer lugar parecían mostrar la división entre fascismo y antifascismo. Luego, sobre todo en el campo republicano, las diferencias doctrinarias opusieron a los que en principio luchaban juntos. En nuestro país la amenaza fascista se vio con tal magnitud que llevó a los anarquistas locales a dejar de lado – momentáneamente – las diferencias que tenían con otras agrupaciones favorables a la causa leal: “... no quedaba más que una abstención inconcebible o la colaboración con las otras fuerzas antifascistas.” (Fabbri, 1937:3)

más importante parecía ser redefinir la representación de aquellas portavoces del pacifismo: las madres. Estas ya no eran imaginadas como mujeres que velaban porque sus hijos no participaran en la guerra, sino como las que los arengaban para que intervinieran en ella activamente, peleando por una noble e impostergable causa: salvar la humanidad de un peligro terrible, el fascismo. Las anarquistas eran objeto, tanto como sujetos activos, de una redefinición de su condición; ahora ellas se presentaban como seres que sacrificaban lo más preciado que tenían – sus hijos – en pos del ideal: “Grandioso es el sacrificio de una madre, de una de nuestras madres, que, sin más debilidad que la de unas lágrimas, anima a su hijo para que, sin flaqueza, marche a la lucha a muerte...”. (*La Protesta*, 1938:3)

Estos nuevos conceptos estaban mediados por soportes aptos para su mejor comprensión, que intentaban modificar ideas previas, explicando – de todas las maneras posibles – la excepcionalidad del momento vivido. Así la Guerra Civil Española impregnó toda la simbología anarquista y se extendió en todos los centros culturales y políticos como el tema principal a través de diversos medios, por ejemplo, se representaban obras de teatro¹⁷ y se recitaban poemas que hablaban de la situación en los frentes de combate, en los que se personificaba incansablemente al enemigo fascista como una bestia feroz.

La fuerza que cobraba la imagen de una madre que sacrificaba lo más preciado parecía reforzar la idea de esta guerra como justa y necesaria. Además, la presencia de ellas como figuras de autoridad – en tanto cumplían su rol materno y no desafiaban el orden impuesto – formaba parte del imaginario de varias sociedades. Al apelar a ellas, se buscaba también lograr la solidaridad de otras mujeres del mundo en apoyo de la causa republicana. (Nash, 1999:99)

Para hacer menos visible este giro doctrinario empezaron a utilizar términos alternativos al de guerra, eufemismos, que apuntaban a justificarla. Por ejemplo se decía que partían a “defender la libertad” o “luchar contra el fascismo” (*La Protesta*, 1936:1) en vez de sólo mencionar que se iban a la contienda. Evidentemente era mejor que una madre mandara a su hijo a pelear

¹⁷ Acordamos con Chartier que “Los textos no son más que una de las varias series de prácticas que modelan las diferentes representaciones y experiencias. Estas son también labradas en el transcurso de los rituales (religiosos, políticos, festivos, etc.)” (1995:II)

por el futuro de la humanidad, a que lo instara a participar en un conflicto bélico.

Esta idea de la mujer-madre no necesitaba comprobación empírica, es decir que se dirigía a todas con ese calificativo por el sólo hecho de pertenecer al sexo femenino. Cuando no se las interpelaba en relación con sus hijos, se lo hacía en nombre de los hijos de otras o, como progenitoras del colectivo pueblo. En todos los casos, debían infundir el valor necesario para enfrentarse con el enemigo y ser ellas también sujetos activos en las múltiples actividades que el esfuerzo de la guerra imponía. Se agregaba, entonces, la idea de una madre anarquista que participaba en la contienda contra el fascismo local e internacional.

Queda ver cómo actualizaron este cambio de imagen de la doctrina en la práctica. Una forma podría ser la difusión de los acontecimientos que sucedían en España, acompañada de arengas centradas en el deber moral de participar en la guerra en forma activa, sobre todo en tareas de retaguardia, de colaboración con los hombres, resaltando estas faenas como las más dignas y valerosas: “... estas mujeres, mil veces más heroicas que todos los hombres en los frentes...”. (*La Protesta*, noviembre de 1938:3) Esta visión, varias veces repetida, parecía incitar a las mujeres a tomar las riendas pero con ciertas limitaciones, observando siempre su lugar dentro de la sociedad, relacionado eternamente con las figuras masculinas del padre, el hermano, el marido o el hijo.

Otras de las acciones emprendidas estaban relacionadas con la solidaridad, llevada a la práctica por medio de la recolección de comida, ropa, medicamentos y dinero para enviar a la España Republicana. Hubo otro mecanismo de participación que se corporizaba a través de la resistencia económica. Las mujeres utilizaban el boicot, o sea se negaban a comprar mercaderías a quienes eran sospechados de simpatizar con el fascismo: “¡Mujeres!, Si no queréis ser cómplices de los asesinos de niños, no compréis ni un alfiler al comercio fascista.” (*Boletín Extraordinario del Comité Anarquista de Defensa y Ayuda a la C.N.T.-F.A.I.*, 1938:2)

Pero la forma menos usada era a la vez la más impactante: las milicianas que marchaban para unirse a las distintas brigadas internacionales organizadas

en España, si bien constituyeron casos excepcionales. Ahora bien, la imagen de una mujer yendo a combatir al frente era muy impactante para el imaginario patriarcal. También encontró resistencias dentro del propio movimiento libertario. Lo que resultaba más interesante es que algunas mujeres radicalizaron en la práctica la representación de madre combativa, llevándola hasta la acepción más nítida del concepto. Significaba tomar una actitud agresiva, totalmente activa y subvertir el orden que determina que no era propio de las mujeres armarse para pelear. Como el Estado con respecto a los ciudadanos, la fuerza coercitiva era considerada privativamente masculina. Estas milicianas no contaron con el apoyo masivo de la población, ni aquí ni en España¹⁸, no constituían la norma, eran absolutamente excepcionales y esta figura pronto perdió todo tipo de representatividad.

IV-Reflexiones finales

La ideología suele corporizarse en el discurso, y éste a su vez, construye una serie de representaciones utilizadas en la cotidianidad de las relaciones sociales. De ellas se desprenden un cúmulo de simbolismos que proporcionan un conocimiento mediato acerca de cosas, personas, roles y, determinan en muchos casos la construcción de modelos formadores. En un sistema patriarcal una de las imágenes más cargadas de significación es la de la mujer-madre, que predispone a una naturalización de este rol social.

Sabemos que la sociedad no está exenta de conflictos y, que en la lucha por el poder, la apropiación del campo simbólico es un ítem muy importante. Toda imagen genera – o puede hacerlo – sus resistencias en los receptores, y los grupos marginales deben contraponer sus propias representaciones, que les confiere identidad y los legitima ante los demás. El anarquismo argentino fue un movimiento de amplia participación en el campo simbólico: se definía a la par que presentaba un cúmulo de ritos, símbolos, con los cuales reforzaba su doctrina. Una de las ideas más fuertes con respecto a la condición femenina era

¹⁸ Al comienzo de la contienda, la imagen de la miliciana resuelta y emprendedora se convierte en el símbolo de la movilización del pueblo español contra el fascismo. Pero en los hechos la posición es muy ambivalente. No existe una política oficial de reclutamiento para ellas, y su papel es descrito más como de apoyo y ayuda a los combatientes. (Nash, 1999:93-99)

que ellas eran madres – aunque sea potenciales – lo que les confería una cierta autoridad como socializadoras primarias de sus hijos, a los que debían inculcarles el Ideal. El pacifismo era una de las características más salientes de las progenitoras. Pero, al definir a las representaciones como históricas y dinámicas estamos aceptando que ellas pueden cambiar. Así sucedió. En este trabajo quisimos mostrar cómo se transformó la imagen de las madres en el movimiento ácrata ante un hecho político puntual: la Guerra Civil Española. Para responder a los nuevos desafíos del contexto internacional trocaron algunas ideas presentes en el discurso y, por lo tanto, la representación de ellas, con la intención de acompañar y también fomentar un cambio en las prácticas. De esta manera, se concibió a la madre como una mujer que entrega lo más preciado de su vida – sus hijos – en pos de la lucha contra el enemigo más terrible: el fascismo. Estas mujeres que no sólo arengaban a los hombres de su familia sino que también participaban en forma activa en diversas actividades vinculadas a la contienda, fueron tanto delineadas como delineadoras en el cambio de la representación del rol materno en el anarquismo a partir de 1936. Estas mujeres libertarias asumieron una actitud más belicosa porque el momento político así lo exigía, y fueron redefiniendo sus identidades pero siempre reconociéndose como ácratas, como madres en rojo y negro.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Agrupación Femenina Antiguerrera, *La mujer argentina y sus derechos*, Buenos Aires, s/e, 1936.

Badaraco, Horacio, “Las madres y el militarismo”, en: *Humanidad*, n° 5, enero de 1928, pp. 11-13.

Boletín Extraordinario. Comité Anarquista de Defensa y Ayuda a la C.N.T. – F.A.I., Buenos Aires, N° 2, julio de 1938.

“Escucha mujer”, en: *Brazo y Cerebro*, Bahía Blanca, n° 94, 1 de mayo de 1929, p.4.

Fabbri, Luce, “El derecho de crítica”, en: *La Protesta*, Buenos Aires, septiembre de 1937, p. 3.

“La mujer en la lucha contra el fascismo”, en: *La Protesta*, Buenos Aires, septiembre de 1936, p. 1.

“La mujer anarquista”, en: *La Protesta*, Buenos Aires, noviembre de 1938, p.3.

“Madres: ¡Negad la guerra!”, en: *Humanidad*, Buenos Aires, n° 6, marzo de 1928, p.18.

ARTÍCULOS

Chartier, Roger, “Historia, lenguaje, percepción. De la Historia Social de la cultura a la Historia Cultural de los Social”, en: *Historia Social*, Valencia, Otoño, n° 17, 1993, pp. 97-103.

Feijóo, María del Carmen, “Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo”, en: Armus, Diego, *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990, pp. 281-311.

Van Dijk, Teun, “El discurso como interacción en la sociedad”, en: Van Dijk, Teun (comp.), *El discurso como interacción social*, Barcelona, Gedisa, 2000, pp. 19-66.

LIBROS

Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1995.

Chartier, Roger, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996.

Del Campo, Hugo, *Los anarquistas*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1971

Guzzo, Cristina, *Las anarquistas rioplatenses*, Phoenix, Estados Unidos, Orbis Press, 2003.

Nash, Mary, *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

Suriano, Juan, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial.

Trifone, Víctor y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la Guerra Civil Española en la Argentina (1936-1939)*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1993.